

Austria conservaba Venecia y se retiraba detrás del Mincio. El gran duque de Toscana, la duquesa de Parma y el duque de Módena debían ser restablecidos en sus posesiones, é Italia debía formar una confederación de Estados libres é independientes, según desde el principio lo había propuesto el emperador de Austria.

Si bien Venecia seguía bajo la dominación de Austria, esta última potencia quedaba profundamente debilitada por la cesión de Lombardía. Los ducados restablecidos por Francia quedaban ligados más bien con esta nación que con el gobierno de Viena, por la naturaleza del servicio que éste les había prestado. El Piamonte agregaba por su parte á sus posesiones una magnífica provincia, con lo cual, sin constituir para Francia un vecino demasiado poderoso, quedaba en situación de tomar parte preponderante en la confederación italiana.

Aunque Napoleón no condujo sus tropas hasta el Adriático, según lo anunciara á principios de la campaña, pudo decir sin embargo después de firmar la paz de Villafranca, que « Italia era en adelante dueña de sus destinos, y que si no progresaba regularmente en las vías del orden y de la libertad, sería por su propia culpa ». Las tropas volvieron á París con el emperador, siendo recibidas de manera triunfal en 14 de agosto.

Unos meses más tarde (oct. y diciembre) se firmaron los tratados de Zurich que consagraban la paz de Villafranca, y determinaron la nueva frontera que debía separar los Estados sardos de las posesiones austriacas y así como las condiciones financieras relacionadas con la deuda pública, pues al aceptar el Piamonte la posesión de Lombardía, tuvo indispensablemente que tomar á su cargo una parte de la deuda del reino lombardo-veneto, proporcional á las rentas que pagaba su nueva provincia.

§ II. — *Formación de un reino de Italia. Anexión á Francia del condado de Niza y del de Saboya (1859-1861).*

Anexión de Italia central al Piamonte. —

Francia aplaudió la paz de Villafranca, que la libraba de los peligros de una conflagración europea; pero las demás potencias se enteraron con gran disgusto de esta inesperada conclusión de la guerra. Prusia hubiese deseado intervenir, é Inglaterra lamentaba amargamente que se hubieran pasado de su mediación. El conde de Cavour, que deseaba que no pararan las armas aliadas hasta las orillas del Adriático, presentó su dimisión inmediatamente después de haberse firmado la paz.

El partido llamado de la acción no pensó en los peligros corridos por Francia, y se mostró ingrato con el Emperador, al día siguiente de haber contribuído al triunfo de la independencia italiana. Reprochábanle que hubiese consentido en la restauración de los ducados, y entre las poblaciones se propagaba la idea de la unidad italiana. Lo que convenía á Italia no era, según ellos, una confederación, sino que formase un sólo y mismo Estado bajo la dirección de un jefe único, que debía ser Víctor Manuel, por el cual debían hacer votos ardientes todos los patriotas.

Inglaterra, que había visto con despecho la paz de Villafranca, pretendió que se recurriera á su mediación para impedir la realización de las estipulaciones principales de este tratado. El Gobierno británico apoyó al conde de Cavour. Entretanto, las provincias del centro ponían provisionalmente á su frente á diversos piamonteses, y eligieron asambleas que pronunciaron el destronamiento de sus antiguos soberanos, y votaron su anexión al Piamonte. Las Legaciones hicieron otro tanto, y esta parte de los Estados Pontificales se agregó como el resto, á los Estados sardos (agosto-setiembre 1859).

Lejos de oponerse por las armas á estas sucesivas anexiones, el emperador Napoleón III escribió al Papa

aconsejándole que sacrificase las provincias rebeldes, á fin de conservar el resto de sus Estados : « Si el Santo Padre, decía, renunciara á estos territorios, que desde hace medio siglo suscitan tantos entorpecimientos á su gobierno, para pedir en cambio á las potencias que le garantizaran la posesión de lo demás, no dudó de que el orden se restablecería inmediatamente. Entonces el Santo Pontífice aseguraría á Italia reconocida la paz durante largos años y á la Santa Sede la tranquila posesión de los Estados de la Iglesia. »

Anexión á Francia del condado de Niza y de la Saboya (1860). — Estas palabras hicieron que lord Palmerston perdonara á Francia las victorias de Magenta y de Solferino ; los herederos de Enrique VIII y de Isabel se consideraban dichosos al ver herido al papa en el corazón de su poder. Esto constituía para ellos un desquite de la agresión papal, que creara diez años antes cardenal á Monseñor Wiseman, confiándole la dirección de la diócesis de Westminster con doce sufragáneos. El tratado de comercio, firmado unos días después pareció estrechar más aún los lazos entre Francia é Inglaterra. Sin embargo, cuando el parlamento inglés tuvo noticia del proyecto que tenía Napoleón III de anexionar Saboya y el condado de Niza á Francia, se produjo en él verdadera tempestad.

Cavour, que había vuelto al gobierno á principios de 1860, sentó en una circular la doctrina de que no era posible restaurar los antiguos ducados sin ir contra el sentimiento de las poblaciones. Entonces Napoleón III propuso anexionar Parma y Módena al Piamonte, restablecer el gran ducado de Toscana y otorgar á Víctor Manuel el vicariato de la Romaña. Pero esta proposición no fué aceptada, y como el Piamonte mantenía la anexión de toda la Italia central, esta nación se convertía en vecino demasiado poderoso contra el cual necesitaba Francia tomar en sus fronteras algunas precauciones.

El gobierno de París pidió entonces que los límites

de su territorio fuesen llevados hasta los Alpes y que se le concedieran Saboya y el Condado de Niza. Víctor Manuel firmó la cesión de estas regiones en 24 de marzo, y el parlamento italiano aceptó el convenio. Los habitantes, que fueron llamados á pronunciarse, votaron la anexión casi por unanimidad. El 13 de junio proclamó un senado consulto la incorporación de las nuevas provincias al territorio francés, y el cuerpo legislativo votó las leyes que los dividían en tres departamentos : Alta Saboya, Saboya y los Alpes Marítimos.

El parlamento inglés se indignó ante este nuevo atentado de que eran víctima los tratados de 1815 ; pero lord Russell cortó por lo sano á aquellas declamaciones, planteando á los más exaltados de los oradores de la oposición el siguiente ineludible dilema : « ¿ tenéis medios de hacer renunciar á Francia á la anexión que desea, y en tal caso proponedlos, ó no los poseéis, y entonces son inútiles esas discusiones irritantes, que demuestran tanta impotencia como ridícula ira. »

Insurrección de Sicilia. Caída de Francisco II. — Al mismo tiempo que se consultaba á las poblaciones de Saboya y del condado de Niza, para saber si consentían en unirse con Francia, se preguntó á los habitantes de Toscana y de la Emilia si deseaban tener á su frente á Víctor Manuel. El sufragio universal sancionó dócilmente en todas partes la respuesta que se deseaba obtener ; pero esto no bastaba á los revolucionarios que dirigían el movimiento.

No les bastaba, no, haber unido al Piamonte parte de la Italia central, pues según ellos, la unidad de Italia debía comprender Sicilia, Nápoles y los Estados pontificios, formando la Península un solo reino cuya capital fuese Roma. En Nápoles acababa de subir al trono el hijo de Fernando II, el joven Francisco II (22 mayo 1839), el cual se atrevió á apartarse de la línea política de su padre en las circunstancias difíciles en que se hallaba. Su prudencia fué considerada crimen, y el partido de la acción empujó á los sicilianos á la rebelión.

Garibaldi se embarcó en Génova con mil voluntarios y desembarcó en Marsala, protegido abiertamente por dos barcos ingleses. La presencia de este general, cuyo nombre era tan prestigioso para los italianos, dió ánimos á los revolucionarios, y en poco tiempo reunió el agitador un ejército bastante grande para atreverse á marchar sobre Palermo, del cual se apoderó en 29 de mayo de 1860, á pesar de lo bien que lo defendió el general Lanza. Una vez dueño de la capital de Sicilia, se dirigió sobre Messina, que fué la última plaza fuerte ocupada por los napolitanos, y la tomó en 20 de Julio, después de la batalla de Milazzo.

Entretanto, Francisco II había hecho en Nápoles las concesiones que le pidieron. Restableció, en efecto, la constitución de 1848, adoptó la bandera italiana, y se brindó á realizar las reformas que eran posibles. Entonces se pretendió que el rey de Nápoles cedía sólo á la fuerza, y que aquellas demostraciones no eran sinceras. Inglaterra, que había favorecido el paso de Garibaldi á Sicilia, se declaró por el principio de no intervención, cuando Francia le propuso mediar de común acuerdo en favor de Francisco II.

En el reino de Nápoles se organizó inmensa defeción. Multitud de funcionarios y de oficiales abandonaron á su soberano, y cuando Garibaldi pasó el estrecho, no necesitó recurrir á la espada para hacerse dueño de la capital. Francisco II partió de Nápoles el 6 y Garibaldi entró en esta ciudad el 7, sólo casi enteramente. Allí tomó el título de dictador, anunciando que sólo se apoderaba del reino de Ambas Sicilias para colocarlo bajo el cetro de Víctor Manuel, jefe del futuro reino de Italia.

Invasión de los Estados pontificios (11 sept. 1860). — En efecto, Garibaldi necesitaba del apoyo del Piamonte, para mantenerse en Nápoles y Sicilia. El rey Francisco II había salido de su capital, pero para retirarse á una fortaleza, y estaba apoyado por tropas fieles. El Piamonte, que al parecer condenara la tenta-

tiva de Garibaldi cuando su éxito era todavía incierto, se apresuró á enviarle socorros que sostuvieran á sus voluntarios, los cuales eran por sí mismos incapaces de resistir al ejército del rey de Nápoles.

Desvanecido Garibaldi por sus fáciles triunfos, anunció que iba á marchar sobre Roma. Entonces la Santa Sede aceptó el apoyo con que la brindaban los voluntarios católicos de todas las naciones, y organizó al mando del general Lamoricière un cuerpo de jóvenes franceses, belgas y austriacos, encargado de defender los Estados de la Iglesia. Estos voluntarios no temían á los de Garibaldi, pero frente á las tropas del Piamonte era demasiado desigual la lucha para que se pudiera considerar posible el éxito.

Sin embargo Lamoricière quiso poner á salvo la honra de aquella juventud valerosa, que se había confiado á su valor y á su experiencia. Trabajó el combate en Castelfidardo (18 sept.) y desplegó valor y habilidad incomparables contra Cialdini. Su amigo, el general Pimodán, murió en el campo de batalla, y con él multitud de jóvenes tan distinguidos por su mérito como por su cuna.

Lamoricière supo retirarse á Ancona con las escasas fuerzas que le quedaban; pero después de hacer cuanto el arte y el ánimo le permitían, tuvo que rendirse á los piemonteses en 28 de septiembre. La Europa entera censuró al gobierno de Turín; Francia y Rusia retiraron de esta capital sus embajadores y Prusia hizo advertencias sumamente graves. Sin embargo, Cavour no se detuvo en su empresa, hasta arrebatarse al Sumo Pontífice la parte septentrional de sus Estados, dejándole únicamente Roma y el patrimonio de San Pedro.

Capitulación de Francisco II en Gaeta (13 febrero 1861). — Entretanto, el Piamonte invadía el reino de Nápoles y se aliaba con las tropas irregulares de Garibaldi para combatir á Francisco II. El conde de Cavour había hecho aprobar por el parla-

mento de Turín la anexión de Italia meridional, tanto como la de Italia central: este decreto fué sometido á la sanción de las poblaciones del reino de Ambas Sicilias, que votaron la anexión (21 oct. 1860).

Victor Manuel hizo su entrada en Nápoles el 7 de noviembre, acompañado por Garibaldi, con quien celebró antes una cordial entrevista en Teano. Permaneció algún tiempo en el sur de Italia y el 1.º de diciembre se dirigió á Palermo. Sin embargo, la resistencia en nombre de Francisco II continuaba. Capua no se rindió sino después de una defensa de cuarenta y ocho días, y el joven monarca, retirado en Gaeta con su valerosa mujer, la reina María, se preparaba á una vigorosa defensa. En esta plaza había doce mil hombres de guarnición y la ciudadela pasaba por una de las más formidables de Europa.

Cialdini, el vencedor de Cartelfidardo, le puso sitio. Queriendo mostrar su simpatía por Francisco II, Napoleón III declaró que el mar sería libre y la escuadra francesa permaneció durante cuatro meses delante de Gaeta, á las órdenes del almirante Barbier de Tinán, para impedir el bloqueo. Mas, como Inglaterra reclamara en nombre del principio de no intervención, Francia tuvo que ceder, y el almirante recibió orden de retirarse.

Antes de esto se había pactado un armisticio (8-10 enero 1861); pero las negociaciones no dieron resultados definitivos, y entonces volvieron á empezar las operaciones del sitio. Francisco II fué vencido por la superioridad del número, y firmó en 13 de febrero de 1861 una honrosa capitulación, después de la cual se embarcó en un buque francés, marchando á Roma, donde continuó protestando contra los hechos consumados.

Reconocimiento del reino de Italia. — Cinco días después de esta capitulación se reunía el parlamento italiano por la primera vez en Turín (18 febrero). Los diputados de Italia meridional y de Italia

central se hallaban mezclados con los del Piamonte; la unidad reemplazaba á la federación, y Victor Manuel recibía en 14 de marzo el título de rey de Italia.

Inglaterra fué la primera potencia que reconoció este nuevo reino en cuya fundación tomara tanta parte (abril 1861), y habiendo muerto por entonces Cavour (6 de junio) Francia creyó necesario continuar presutando su apoyo á Victor Manuel para sostenerlo contra los desvanecimientos revolucionarios, y reconoció el nuevo Estado, aunque con ciertas reservas. Portugal, Bélgica y Turquía imitaron este ejemplo en 1861. Prusia lo efectuó al año siguiente, lo mismo que Rusia, á pesar de que su política tradicional trazaba á esta última potencia línea de conducta completamente opuesta.

Convenio de 15 de septiembre de 1864. — La ocupación de Roma por el ejército francés había sido considerada siempre como temporal. Así fué estipulada por los plenipotenciarios de Francia en el congreso de París en 1856. El sumo Pontífice, lleno de confianza en el amor de su pueblo, deseaba que terminase el protectorado del gobierno de París, y este gran acontecimiento se había realizado quizás desde 1859, si la guerra de Italia y la expedición de Garibaldi á Sicilia no hubieran hecho imposible la evacuación de Roma.

« Mis tropas permanecerán en la ciudad eterna. escribía Napoleón III á Victor Manuel en 12 de julio de 1861, mientras V. M. no se haya reconciliado con el Papa, ó mientras el Santo Padre se vea amenazado de ver invadir por fuerzas regulares ó irregulares los Estados que aun conserva. »

Finalmente, en 1864 el gabinete de las Tullerías creyó que había llegado el momento de determinar la época de la evacuación, y con tal fin se firmó un convenio el 15 de septiembre con el rey de Italia, convenio en el cual se comprometía Victor Manuel á no atacar el territorio del Padre Santo y á impedir, aun

cuando fuere necesario recurrir á la fuerza, todo ataque exterior contra aquellas posesiones.

Francia debía retirar sus tropas de los Estados pontificios gradualmente, y á medida que fuera organizándose el ejército del Santo Padre; pero la evacuación debía quedar terminada en el espacio de dos años.

Además, el gobierno italiano se comprometía á hacer de Florencia la capital del reino, con lo cual indicaba que á su juicio no era indispensable la posesión de Roma para la unidad del nuevo Estado.

Se estipuló que el plazo de dos años empezaría á correr desde la fecha del decreto real que sancionase la ley que el gobierno italiano debía presentar á su parlamento en una de las primeras sesiones, para autorizar el pase de la capital de Turín á Florencia.

Este convenio excitó grandemente los ánimos en Turín cuando se conoció su existencia. Formáronse grupos, y las tropas tuvieron que reprimir el motín en las noches del 21, 22 y 23 septiembre, pues los habitantes de aquella ciudad comprendieron cuánto iban á perder por pasar á otro punto la capital del reino.

El parlamento se reunió en Turín el 25 de octubre, y el 19 de noviembre se votó el pase de la capital á Florencia por 317 votos contra 70.

El cardenal Antonelli protestó, en nombre del sumo Pontífice, contra el convenio de 15 de septiembre, haciendo constar que se había dispuesto de los Estados de la Santa Sede sin consentimiento de su soberano, y protestando en particular contra la interpretación que daba á este pacto el gobierno italiano. En efecto, en las discusiones que se verificaron en el Parlamento de Turín, se dió á entender que Florencia no sería más que una nueva etapa en el camino de Roma y que así que se marchasen los franceses, ésta sería la capital del nuevo reino italiano.

De la encíclica. — Habiendo publicado el Papa en 8 de diciembre de 1864, una encíclica acompañada de un *syllabus* ó colección de ochenta proposiciones

condenadas, se pretendió que esta era una respuesta al convenio de 15 de septiembre. Los enemigos del Papado no se tomaron el trabajo de comprender el acto pontificio, y consideraron más fácil sostener que los principios condenados eran los que sirven de base á las sociedades modernas, con lo cual Roma se ponía al frente de la reacción, para oponerse á la libertad religiosa y política y estorbar todo progreso. La prensa hostil se entregó á las más singulares declamaciones, y el gobierno francés prohibió á los obispos la promulgación de la encíclica.

El episcopado reclamó, y Monseñor Dupanloup dió á luz un folleto en que explicó el sentido del *syllabus*, demostrando de manera evidente que los que lo habían combatido con más vivacidad, no habían sabido ni siquiera traducirlo. Al mismo tiempo examinaba el convenio de 15 de septiembre, señalando los peligros que iba á crearse Italia, sobre todo si persistía en la interpretación que daba á aquel tratado.

Como el Papa lamentaba que hubiese en Italia tantas sedes vacantes, escribió personalmente al rey Víctor Manuel á fin de que cesara una situación tan funesta para la salvación de las almas. El gobierno italiano envió á Roma dos plenipotenciarios, Vigezzi y Maurizi, para tratar de este asunto; pero las negociaciones fracasaron ante las pretensiones del rey de Italia, respecto del juramento y del *exequátur*, que se reservaba, respecto de los obispos preconizados.

Anexión de Venecia á Italia. — Habiendo sido renovado el parlamento (29 octubre) el gobierno de Florencia puso los ojos en Prusia para pactar con esta nación una alianza que debía ser funesta para el Austria.

Cuando se creyó sostenido por esta parte, el general La Marmora planteó de nuevo la cuestión veneciana y declaró que había llegado el momento de resolverla (25 noviembre).

Entonces empezaron los armamentos contra el

Austria, y una circular del ministro de la guerra mandó que se activase el alistamiento de quintos (25 marzo 1866). Por su parte Austria no permanecía inactiva; mas, el parlamento de Florencia autorizó al gobierno á hacer todos los gastos necesarios para la defensa del país (30 abril).

Se creó también un cuerpo de voluntarios, de cuyo mando se encargó Garibaldi (11 mayo).

Italia declaró la guerra al Austria así que Prusia hubo proclamado (18 junio) la disolución de la antigua Confederación germánica. Entonces Víctor Manuel confió el gobierno al príncipe de Cariñán y tomó en persona el mando de su ejército que pasa el Mincio en Goeto, ante la vista del rey, y atraviesa la frontera tirolesa en Lodrona, guiado por Garibaldi.

Los italianos son vencidos en Custozza (24 junio) por el archiduque Alberto; pero Austria, deshecha por los prusianos en Sadowa, no podía continuar la guerra, por lo cual cedió la Venecia á Francia, que la entregó al gobierno italiano.

Ya no quedaba en Italia fuera del poder de Víctor Manuel más que Roma. Cuando más tarde, en 1870, declaró Napoléon la guerra á Prusia, el gobierno de Paris llamó inmediatamente las tropas francesas que hasta entonces habían hecho respetar la independencia de la Santa Sede; así que esto ocurrió, el Papa quedó indefenso y los italianos penetraron sin dificultad en la ciudad eterna.

El gobierno de Víctor Manuel se trasladó desde Florencia á la ciudad del Tíber, que ha sido, á partir de entonces, la capital del reino de Italia.

CAPÍTULO IV.

DISOLUCIÓN DE LA CONFEDERACIÓN GERMÁNICA. MONARQUÍA
AUSTRO-HÚNGARA.

Habiendo perdido Austria parte de las posesiones que tenía en Italia, procuró extender su influjo sobre Alemania, para compensar la pérdida que acababa de sufrir. Para luchar con éxito contra Prusia, aquella potencia renunció á su absolutismo tradicional y dió á sus diversos Estados una constitución, con la esperanza de mantenerlos más fácilmente bajo su ley. Prusia y Austria creyeron hacerse populares dotando á Alemania de una marina y de buenos puertos, por lo cual hicieron la guerra á Dinamarca. Mas como Prusia quisiera atribuirse todo el fruto de la victoria, Austria le declaró la guerra. Vencieron los prusianos en Sadowa, disolvióse la confederación germánica, y el imperio austriaco, después de tantos reveses, tomó nueva forma, dividiéndose en dos grupos: Estados austriacos, y Estados húngaros, cuyo conjunto recibe el nombre de monarquía austro-húngara.

§ I. — Guerra de Dinamarca.

Antagonismo secular de Prusia y de Austria. Agitaciones en Alemania. — Austria había procurado excitar á Alemania contra Francia, antes de la guerra de Italia, haciéndole creer que Napoléon III quería apoderarse de las orillas del Rhin. Los ánimos se exaltaron con esto, multiplicándose cantares y escritos para irritar al pueblo alemán contra los franceses. Prusia apreció en su justo valor todos aquellos rumores propalados por Austria, con fin fácil de comprender, y dejó que los acontecimientos de Italia siguieran su curso, sin darse prisa á intervenir. Así fué que sólo movilizó cuatro de sus nueve cuerpos de ejército, y pidió á la dieta que pusiera en pie de guerra una parte no más de los contingentes federales.

Después de las victorias de Magenta y de Solferino, movilizó otros dos cuerpos, y propuso á la dieta que convocara todas sus fuerzas. El gabinete de Berlín no